

DE LA CULTURA DEL DESCARTE A UN NUEVO ESTILO DE VIDA

Hno. Vicente Felipe ofm

Lamentablemente, muchos esfuerzos para buscar soluciones concretas a la crisis ambiental, suelen frustrarse no sólo por el rechazo de los poderosos, sino también por la falta de interés de los demás ciudadanos. Las actitudes que obstruyen los caminos de solución, aún entre los creyentes, van de la negación del problema, a la indiferencia, la resignación cómoda, la burla de los que se preocupan por el medio ambiente (LS 217) o la confianza ciega en las soluciones técnicas. Necesitamos una solidaridad universal nueva. Hemos de preguntarnos en qué medida cada uno de nosotros se siente responsable del estado de salud del planeta y de los pobres, cuál es el alcance de esta responsabilidad y cómo podemos actuar para defender los derechos humanos y proteger unos recursos que son limitados y, en algunas ocasiones, escasos.

Formamos parte de la *cultura del descarte*

Tenemos que empezar reconociendo que formamos parte de la cultura del descarte. Nuestros modelos de producción y de consumo -que el Papa insiste en que hay que cambiar radicalmente-, están infectados de esa cultura del descarte, que genera tanta contaminación y tantos residuos. Contaminación atmosférica, del suelo y de las aguas *“debida al transporte, al humo de la industria (y de la calefacción), a los depósitos de sustancias que contribuyen a la acidificación del suelo y del agua, a los fertilizantes, insecticidas, fungicidas, controladores de malezas y agrotóxicos en general”* (LS 20). En cuanto a los residuos, es uno de los grandes problemas de nuestros países ricos. Por un lado, nuestros sistemas de producción, al contrario de los ecosistemas naturales que reutilizan constantemente los materiales, son lineales: extraen recursos naturales, los transforman y comercian con ellos para que los consumamos y, como final de la cadena, generamos residuos que en gran parte no son reutilizados ni reciclados (cf. LS 22). Por otro lado, debido a los estilos de vida que nos presentan y que promueven los medios de comunicación social y los engranajes del mercado (cf. LS 215), grandes sectores de la humanidad hemos ido evolucionando en los últimos 50 años hacia un nivel de consumo insensato, irresponsable e insostenible que va ampliando el alcance del concepto de lo que es “desechable”, de modo que incluye hoy no solo muchos objetos y mercancías sino también a las personas, a las que nuestra sociedad excluye como desechos, “sobrantes” (cf. EG 53).

Ciñéndonos ahora al consumo de mercancías y al descarte de objetos, son varios los factores que han contribuido a esa “cultura del descarte” o del “usar y tirar”. El primero es el ritmo de vida veloz y disperso que tenemos que nos lleva a querer ahorrar tiempo de limpieza usando cosas desechables: pañuelos y servilletas de papel en vez de tela; el uso de platos y vasos de plástico, o de papel-cartón, en la fiestas; la frecuentación de los sitios de comida rápida, “comida basura”, en los que, aparte de la escasa calidad de la comida, se generan tantos residuos... En segundo lugar está el consumo de tantas cosas que no son necesarias pero que son inducidas por la publicidad. En tercer lugar las cosas que descartamos aunque estén todavía en buen uso simplemente por cuestión de estatus social o de moda: cambio de móvil, de ropa, de TV de 32 pulgadas por otro de 50, de automóvil...El cuarto factor es lo que se llama la *obsolescencia programada*. Los aparatos que usamos, desde las bombillas hasta los frigoríficos, ordenadores, etc. duran cada vez menos, y es porque los productores reducen intencionadamente el plazo de obsolescencia de los productos para incrementar el consumo y vender y ganar más. Es aconsejable ver al respecto en youtube el

documental *Comprar, tirar, comprar* que denuncia dramáticamente esa manipulación de la durabilidad de los artículos de consumo.

En otros casos, es deseable garantizar una seguridad sanitaria, como en el material médico: jeringuillas, agujas y otros materiales quirúrgicos, guantes y materiales de curación estériles, etc. Pero en todos los casos habría que fomentar los sistemas de reciclaje que permitan recuperar total o parcialmente los materiales empleados en su fabricación.

Apostar por nuevos estilos de vida

Ante la situación actual de derroche y de consumismo compulsivo, en la que “mientras más vacío está el corazón de la persona, más necesita objetos para comprar, poseer y consumir” y menos acepta que la realidad le marque límites (LS 204), es necesario un *cambio en los estilos de vida*, que serán posibles si se produce una *conversión ecológica que deje brotar todas las consecuencias de nuestro encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que nos rodea* (LS 217), y si se realiza en la familia, en la escuela, en los medios de comunicación y en la catequesis una *educación medioambiental* que cultive las virtudes de la responsabilidad, la solidaridad y el cuidado basado en la compasión, que se traduzcan en nuevos hábitos de vida cotidianos.

Los nuevos estilos de vida son formas de resistir a las manipulaciones de los que detentan el poder socio-económico, financiero, político y cultural, que nos quieren hacer creer que en el consumismo está la felicidad y tratan de convencernos, mediante los poderosos medios de comunicación, que no es posible cambiar la realidad, que hay que aceptarla como es. Los nuevos estilos de vida son modos nuevos de plantearse solidariamente la vida, formas responsables de vivir, que se preocupan por el bien común y se traducen en acciones cotidianas que todos pueden realizar.

Los nuevos estilos de vida promueven:

a. Una nueva relación con las cosas: No es verdad, en general, que consumir más bienes aumente la felicidad. Podemos vivir un consumismo que nos consume. Corremos el riesgo de convertirnos en esclavos de las cosas y de trabajar para consumir, quitándonos el tiempo para relacionarnos con los otros. En vez de “consumir más” necesitamos “consumir mejor”. O como dice el título de un libro: *Consumir menos, vivir mejor* (Toni Lodeiro, *Consumir menos, vivir mejor. Ideas prácticas para un consumo más consciente*, Ed. Txalaparta, Tafalla 2012, 5ª ed.)

- Necesitamos pasar de la dependencia de las cosas y del mercado a la **sobriedad** que nos lleva a comprar las cosas en función de las necesidades reales y no inducidas por la publicidad, privilegiando aquellas cosas producidas con el menor impacto ambiental y con la mayor justicia social. Una ética de la sobriedad es también apuesta por la comunión y la solidaridad con quien tiene necesidad o sufre injusticia y explotación (cfr. LS 223-224).
- Necesitamos experimentar la serenidad, el equilibrio que da el contentarse con **lo suficiente**. Quien descubre los propios límites, además de los límites de la naturaleza, al hacer opciones se dirige a lo esencial, cuidando la solidaridad y la vida espiritual.
- Necesitamos cambiar los valores de la cultura dominante: Pasar del “todo se compra o se vende” a “las realidades fundamentales no tienen precio”. Distinguir entre precio y valor. Del “se trabaja para enriquecerse” al “se trabaja para vivir y ser más humanos”.
- Necesitamos cambiar de óptica pasando del valor de las cosas al valor de las personas, de la necesidad de objetos a la necesidad de relaciones interpersonales fuertes, de la lógica del tener a la del contacto y la relación.

En la situación actual del mundo, hemos de entender que la sobriedad no es un ejercicio heroico, sino que nace de la fraternidad y de la conciencia de que todo lo que tenemos de superfluo se lo quitamos a lo necesario de nuestros hermanos.

Además de la sobriedad en el consumo se necesita un **consumo crítico** que sepa elegir productos que sean expresión de relaciones justas en el mercado de trabajo y de respeto del ambiente. Consumiendo en un modo crítico es como si votásemos cada vez que hacemos la compra, es decir votamos sobre el comportamiento de las empresas, premiando a aquellas que se comportan bien y puniendo a las otras.

En la relación con las cosas adquieren también gran importancia las **finanzas éticas** en las que la persona es más importante que el capital, la idea más que el patrimonio y la justa remuneración más que la especulación. Las finanzas éticas valoran las consecuencias no económicas de las opciones económicas: las repercusiones sociales, el impacto ambiental y el respeto de los derechos humanos fundamentales. El objetivo no es la maximización de las ganancias sino la más justa redistribución. Y los destinatarios de la financiación son los sujetos que trabajan por un futuro humano y ecológicamente sostenible.

b. Una nueva relación con las personas: Los nuevos estilos de vida han de recuperar la riqueza de las relaciones humanas que son fundamentales para la felicidad y el gusto de la vida. Construir relaciones interpersonales no violentas, que respeten la diversidad del otro –también de los inmigrantes- y la consideren como riqueza. Evitar la violencia verbal. Aprender a dialogar y escuchar para que haya verdadero encuentro. Cuidarnos unos a otros. No tener miedo de la ternura. Para todo esto es necesario cultivar el silencio que es lo que permite reflexionar, profundizar e ir más allá de lo que se ve

c. Una nueva relación con la naturaleza: Reconocer en ella las huellas de Dios. Pasar del uso indiscriminado de la naturaleza a la responsabilidad ambiental. Del dominio y la violencia ambiental al respeto de la creación. De la visión utilitarista de la tierra que la considera como una mercancía que se intenta explotar lo más posible para conseguir más ganancias, a considerarla como nuestra *hermana madre Tierra*, que nos sustenta y nos sostiene. Necesitamos fomentar hábitos nuevos en que de "señores" de la tierra pasemos a ser "cuidadores" del jardín.

En esa creación de hábitos es fundamental la práctica de las llamadas 3 R

- *Reducir* el consumo de recursos y en consecuencia, reducir los residuos. Es la ley fundamental. Reducir el consumo de energía (el ahorro energético es fundamental para la tutela del ambiente) y ahí tendríamos que revisarnos de si necesitamos tener tantos aparatos eléctricos y del uso que hacemos de ellos, el uso del transporte, de la calefacción, del aire acondicionado, los electrodomésticos.
- *Reutilizar y reparar* los objetos (contra el "usar y tirar")
- *Reciclar*, separando los residuos en origen.

Importantísimo también es el **uso del agua**. Hay que evitar el derroche y la ineficiencia a todos los niveles y promover políticas que la garanticen como un bien público y regulen un uso responsable en los varios sectores (industria, agricultura, parques, etc).

Otro aspecto de la relación con la naturaleza es la **alimentación**, que es fundamental para una buena salud, pero también para la justicia económica y para la sostenibilidad ambiental. Tender a comer productos naturales, integrales, biológicos, y locales.

Y recuperar una **espiritualidad integral** que asuma el desafío de la **justicia ambiental** que trata de proteger el medioambiente al mismo tiempo que defiende a los pobres.

d. Nueva relación con los problemas de la propia sociedad y del mundo: Superar la cultura de la indiferencia y de la autoreferencialidad y recuperar la capacidad de cuidado del otro, la sensibilidad por el sufrimiento del hermano y la solidaridad. Necesitamos pasar:

- de la indiferencia sobre los problemas de nuestra sociedad y del mundo a la solidaridad y a la responsabilidad. Para esto necesitamos estar bien informados, y en eso es importante no solo dedicar tiempo a una información profunda, sino también buscar los medios independientes y fiables.
- de la cerrazón y el fundamentalismo a la apertura a los otros para descubrir la riqueza de la diversidad. Estamos llamados a vivir en la tierra lo que viven las tres personas divinas: la convivialidad de las diferencias: a poner todo en común desde la propia identidad personal.
- del asistencialismo a la justicia social para no limitarnos a formas de limosna y de asistencialismo que no ayudan a construir relaciones paritarias entre personas y pueblos, basadas en los derechos humanos y no en el poder del dinero que genera siempre dependencia. Se necesita promover formas de solidaridad inteligente que traten de eliminar las causas de la pobreza y creen relaciones justas y equitativas entre las personas y los pueblos.

Tres niveles: personal, comunitario e institucional

Los nuevos estilos de vida no pretenden implicar sólo la esfera personal de la vida, sino que se alargan a la dimensión comunitaria, sea eclesial que social, y pretenden llegar al cambio de los sistemas y de las estructuras socio-económicas, políticas y culturales. No basta con el cambio personal -aunque es imprescindible porque sin cambio personal no hay cambio global- sino que hay que actuar en esos tres niveles en forma progresiva y circular.

Las opciones que hacemos personalmente hemos de difundirlas y proponerlas en nuestras comunidades y grupos, en nuestras escuelas y parroquias, en nuestros barrios y pueblos de modo que los estilos de vida se vayan convirtiendo en nuevos usos y costumbres colectivos que vayan haciendo cambiar a la sociedad civil y a la comunidad eclesial. Los nuevos estilos de vida necesitan de un gran trabajo pedagógico.

Los nuevos estilos de vida han de incidir también a nivel institucional y sistémico mediante las decisiones políticas y el cambio de las leyes. Los nuevos estilos de vida llevan a prácticas organizadas en redes eclesiales y sociales que tratan de influir sobre los poderes políticos manifestando en forma colectiva el propio disenso, y haciendo propuestas alternativas para que se realicen políticas más justas, democráticas y respetuosas del ambiente. Y esto no solamente en los momentos de elecciones, sino a lo largo de todo el año.